

La historia del imperio ateniense como argumento retórico en Isócrates

Laura Sancho Rocher

Universidad de Zaragoza ✉ 

E-mail: lsancho@unizar.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0926-0442>

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.101773>

Recibido: 21 de marzo de 2025 / Aceptado: 5 de mayo de 2025

Resumen. Los temas que interesan a Isócrates en los tres discursos analizados (*Panegírico*, *Sobre la Paz* y *Panatenaico*) son: 1. qué ciudad griega merece la hegemonía, 2. por qué el imperio naval es pernicioso para la ciudad que lo ejerce, y 3. qué sistema político y qué tipo de hegemonía son los que convienen a la Atenas de su época. La reconstrucción interesada de la historia pasada de Atenas conduce a Isócrates a rebajar las críticas a su ciudad por su política imperialista pasada, pero eso no obsta para que también aconseje renunciar a la *arche* para ponerse al frente de la campaña contra Persia. Isócrates no parece haber sabido interpretar el peligro que Filipo constituía para Grecia.

Palabras clave: hegemonía; *arche*; constitución de los antepasados; constitución de los padres; *patrios politeia*.

[en] The History of the Athenian Empire as a Rhetorical Argument in Isocrates

Abstract. The issues that interest Isocrates in the three speeches analysed (*Panegyricus*, *On Peace* and *Panathenaicus*) are: 1. which Greek city deserves hegemony, 2. why naval empire is pernicious for the city that has it, and 3. which political system and type of hegemony is appropriate for the Athens of his time. The biased reconstruction of Athens' past history leads Isocrates to downplay the criticism towards his city for its past imperialist policy, but this does not prevent him from also advising abandoning the *arche* to take the lead in the campaign against Persia. Isocrates does not seem to have understood what a danger Philip was to Greece.

Keywords: hegemony; *arche*; constitution of the ancestors; constitution of the fathers; *patrios politeia*.

Sumario: 1. Introducción. 2. La comparación de Atenas con Esparta. 3. El imperio marítimo y la hegemonía de los antepasados. 4. Conclusión. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Sancho Rocher, L. (2025): "La historia del imperio ateniense como argumento retórico en Isócrates", *Gerión* 43/2, 497-508.

1. Introducción

Las opiniones de Isócrates acerca del papel que debería desempeñar Atenas en el contexto panhelénico se fundamentan en los beneficios que siempre la ciudad hizo a los griegos, en sus *paideia* y *politeia* y, especialmente, en la continuidad de primacía que tuvo Atenas desde época inmemorial. Sus argumentos son de gran interés para adentrarnos en la discusión contemporánea sobre las relaciones entre griegos, entre griegos y persas, y entre griegos y Macedonia. El maestro de retórica ateniense llegó a casi centenario, muriendo justo tras la victoria de Filipo en Queronea. Por lo tanto, conoció desde la guerra del Peloponeso, pasando por el nacimiento de la Segunda Liga marítima, hasta el ascenso de Filipo de Macedonia y la decadencia política de Atenas y Esparta. Sus tratados –que no son discursos deliberativos ni verdaderamente epidícticos– tuvieron como destinatarios minorías helénicas a las que trataba de educar. Él se consideró siempre maestro realista y práctico¹ –en competencia clara con la línea idealista de la Academia–, pedagogo sensato que tenía en la mayor estima el dominio del logos, entendido como el logro cultural al que un hombre “educado” podía y debía aspirar.² Esa formación en “filosofía” no se reducía meramente al arte de persuadir de cualquier cosa, sino que aspiraba a enseñar a argumentar con conocimiento de causa sobre lo ventajoso o útil, además de justo y apropiado a la ocasión (4.9; 12.30–32; 198).

Admiraba su ciudad, llegando a afirmar que ser griego era estar educado en los valores de Atenas (4.50: “Ελληνας καλεῖσθαι τοὺς τῆς παιδείσεως τῆς ἡμετέρας ἢ τοὺς τῆς κοινῆς φύσεως μετέχοντας”); se postuló siempre como demócrata, aunque censuraba la democracia de sus días cuyas raíces se remontaban, según su razonamiento, a la *arche* marítima del s. V. En estas páginas queremos analizar las opiniones isocráticas sobre el imperialismo ateniense a través de tres de sus obras más conocidas –*Panegírico*, *Sobre la Paz* y *Panatenaico*– redactadas en un lapso temporal muy amplio, entre 380 y 339 a.C., coincidente grosso modo con los prolegómenos de la fundación de la Segunda Liga, la crisis de la Guerra Social, y el ascenso meteórico del macedonio Filipo en el marco de los conflictos internos entre griegos.

No es necesario recordar que, si bien Isócrates no era historiador, conocía las grandes obras históricas de Heródoto y Tucídides, así como los mitos, tradiciones o relatos legendarios³ que los ciudadanos atenienses oían una y otra vez en los discursos fúnebres en los que su ciudad aparecía como la gran heroína, generosa a la par que poderosa. Su empleo de la historia está dirigido a transmitir un determinado mensaje útil para el presente y el futuro, no a establecer una u otra verdad histórica. Se sirve del mismo modo de leyendas que de datos históricos a fin de construir su mensaje pedagógico; no indaga sobre la verdad de los acontecimientos referidos, ni acerca de las causas de los hechos o la cronología de los mismos. Un proyecto al que nunca renunció era el de que los griegos se unieran para hacer la guerra al Persa. Veía esta campaña como solución a los problemas de pobreza –que habrían generado el extendido azote de los soldados de fortuna y los mercenarios– y de las guerras entre griegos. En el *Panegírico*, su aspiración era que la hegemonía de esa expedición militar contra el Imperio persa estuviera en manos conjuntamente de Atenas y Esparta.⁴ En *Sobre la Paz*, escrito al calor de la Guerra Social, que enfrentó a cuatro de sus aliados más relevantes contra Atenas, exhorta a su ciudad a

¹ Sobre las coincidencias en estos principios con Tucídides, cf. Wilson 1966.

² Eucken 1982, 47; 1983, 13–28 resume muy bien el pensamiento pedagógico de Isócrates, defensor de la sabiduría práctica para la vida, y adversario de la Academia. Poulakos 1997, 19, 54–55 destaca que para Isócrates el logos es la habilidad para encontrar soluciones a problemas comunes, por eso resulta decisivo la formación del carácter del orador y su deseo de persuadir.

³ Y que considera fiables (πιστὰ δοκεῖν, 4.30), ya que han sido transmitidos por muchos durante mucho tiempo. Masaracchia 2003, 157–161 señala que Isócrates es respetuoso con la tradición de la que se sirve, marcando la continuidad del pasado con el presente. Marincola 2014, 52–53 subraya que también Tucídides acepta la tradición y que todo depende de cómo sea interpretada. Lee Too 2024, 190–191 comenta que los antiguos comprimen el paso del tiempo de modo que los eventos de las leyendas no resultan tan alejados de los verdaderamente históricos.

⁴ Pero es consciente de que resultará difícil convencer a los lacedemonios ὥς ἔστιν αὐτοῖς ἡγεῖσθαι πάτριον (4.18).

renunciar al modo en que ejerce su *arche* y a recuperar la “democracia de los antepasados” que “los padres” tuvieron que abandonar, e instaurar un poder blando. En el *Panatenaico*, redactado entre 342 y 339 (con un paréntesis de tres años entre ambas fechas), pretende demostrar la superioridad moral de Atenas en comparación con Esparta, para lo que procede a hacer un cotejo de las guerras y también de las constituciones de las dos ciudades.

En estos tres “discursos” Isócrates ofrece lecturas benevolentes sobre el poder que Atenas ejerció en el s. V, durante la denominada Pentecontecia, porque es otro argumento más a favor de su derecho a la hegemonía. Pero en *Sobre la Paz* cita en concreto y reprueba las condiciones contemporáneas que sufren los socios de la Segunda Liga (8.29-30), y las compara con el momento en que los aliados tras las guerras médicas ofrecieron a Atenas la hegemonía “voluntariamente”.⁵ De modo que Isócrates se manifiesta confiado en la posibilidad de un ejercicio justo y honorable de la primacía y, aunque apegado al mundo real, no se resigna al determinismo del poder desnudo.⁶ Los atenienses que optaron por el imperio tras las guerras médicas (12.115-117) eran mejores que los contemporáneos de Isócrates (8.47-48), lo que significa que, abandonando ciertas prácticas, se podría refundar una hegemonía honorable.

2. La comparación de Atenas con Esparta

Isócrates nunca duda de que la superioridad de Atenas sobre Esparta se manifestaba ya en tiempos muy remotos. Además, esa superioridad está fundada en una excelencia moral. Fue la primera en dar leyes y en tener una *politeia*; descubrió las artes para la vida cotidiana y las artes mayores, estableció el Pireo como centro para los intercambios helénicos, ha instaurado numerosas festividades, dio a conocer la filosofía y cultivó la oratoria (4.39-48). Y todo esto lo compartió con todos los griegos. En 380, a pesar de proponer un mando conjunto contra el Persa, no deja de acusar a Esparta de la situación en la que se encuentran los griegos quienes, por la debilidad o por la maldad espartana, han convertido al Rey en árbitro de las querellas helenas (4.120-121). Lógicamente está refiriéndose a los acuerdos alcanzados por Antálcidas en 387.

Este ensayo fue redactado en fecha anterior a la fundación de la Segunda Liga marítima.⁷ En él, Isócrates echaba en cara de los lacedemonios cierta cicatería caracteriológica; los lacedemonios todo lo que habían emprendido lo habían hecho para su propio engrandecimiento. Les recuerda que los atenienses defendieron a los descendientes de Heracles contra Euristeo y que, gracias a eso, pudieron ellos (los dorios) regresar a Mesenia, Laconia y Argos (4.53-54, 61). La ayuda prestada en aquellas circunstancias debería haber frenado a los espartanos cuando en 431 invadieron el Ática (§ 62).

En *Panatenaico* es incluso más duro. Los espartiatas son una ciudad relativamente reciente;⁸ el regreso de los heraclidas significó la expulsión de los autóctonos. Habla primero de la llegada de los hijos de Heracles a las ciudades aqueas y de cómo se las reparten entre lacedemonios, argivos y mesenios (12.42); dice, más adelante (§§70-72), que destruyeron las ciudades de los héroes de la guerra de Troya: Néstor, Menelao y Agamenón; y, finalmente añade, los dorios redujeron a hilotismo a las poblaciones anteriores (§§178-179). Este retrato hace ver que los dorios no tuvieron un comportamiento propio de griegos. Los dorios no participaron en la “colonización” del Egeo

⁵ Para Bouchet 2014, 47-48, esta idea la extendieron los autores del s. IV.

⁶ Davidson 1990: 24-26 interpreta la decadencia ateniense posterior a 478 como retroceso moral, y no la cree necesaria ni irreversible.

⁷ Buchner 1958, 5; 138-140 sostiene con razón que el *Panegírico* de Isócrates no es parte de la publicidad para la creación de la Segunda Liga marítima (establecida contra la *arche* de Esparta), sino que preconiza la hegemonía conjunta como mera dirección militar de los griegos contra el Persa. Eucken 1983, 141-169 razona que Isócrates en este tratado pone en palabras los hechos históricos reales, y subraya la actitud agonal de la cultura ateniense para mostrar el derecho ateniense a la hegemonía.

⁸ La *politeia* democrática de Atenas duró mil años desde Teseo a Pisístrato (12.148), pero los lacedemonios llevan solo setecientos años en el Peloponeso (§204) y Licurgo imitó (μιμησάμενους) la forma de organización de los antepasados atenienses (§153). Como dice Roth 2003, 186-187, la idea que quiere transmitir Isócrates es que la *politeia* ateniense es muy anterior a Licurgo.

(§ 190). Según Isócrates, fue Atenas quien expulsó a los carios, en época de Minos,⁹ y dio tierras a los griegos en esas zonas (§43), todo lo contrario de lo que los lacedemonios hicieron en el Peloponeso, donde esclavizaron a griegos (§177). La indeterminación o solapamiento entre dorios, lacedemonios y espartiatas es total. Además, los atenienses son verdaderamente autóctonos –y nobles por ello (4.24-25)–, los únicos griegos auténticamente autóctonos y descendientes de dioses (12.123-24), por lo que su relación con la tierra que pueblan es totalmente diferente a la de los lacedemonios. Estos últimos, conquistadores recién llegados y hombres de armas, no la trabajan (12.46), sino que, para la producción, tienen esclavizada a la población anterior.

Al menos en 480-479 los atenienses junto a los espartanos se opusieron a Jerjes y –reconoce el *rhetor* ateniense– los espartanos también mostraron coraje (4.73), pues en aquellos tiempos ambos estaban bien educados (§75), lo que significa que no ponían los beneficios económicos por delante del honor y la justicia.¹⁰ Coincidían en que la salvación de los griegos (κοινή πατρίς; §81) era obligación conjunta de ambos y, por tanto, ninguno de los dos se aliaba con el Persa contra los griegos (4.85-87; 12.157). Este es, obviamente, un comentario que proyecta hacia el pasado una verificación o retrato nada favorable del presente. Con todo, no puede Isócrates dejar de recordar, basándose en el relato de Heródoto, lo sucedido tras el desastre de Termópilas. El abandono a su suerte del centro de Grecia por las fuerzas del Peloponeso y su concentración en el entorno del Istmo, dando a entender que daban por perdida el Ática y la Megáride (4.939-4), contrasta con la voluntad ateniense de no rendirse y la convicción de que quien pretende liderar a los griegos (§95) no puede rehuir al atacante. Lógicamente, para Isócrates es otro argumento a favor del liderazgo ateniense. La situación era tal que, finalmente, los lacedemonios sintieron vergüenza de sí mismos y se unieron a los atenienses (§97), quienes, con todo, se erigen en responsables verdaderos de la victoria naval [Salamina], entendida como lo que inclinó definitivamente la balanza en favor de la causa helena (§98: διὰ τὴν ναυμαχίαν ἡμας τῷ πολέμῳ κρατῆσαι; cf. 12.49-52). Este pormenorizado relato, que tiene mucho de Heródoto y de los discursos fúnebres,¹¹ sirve a Isócrates para exhibir uno de los mayores beneficios que Atenas causó a la Hélade, de modo que, en la necesaria campaña contra Persia, Atenas merecería la dirección (hegemonía) (4.99).¹²

En *Panatenaico* (12.49-52). la victoria naval es el punto de inflexión y la causa del traspaso de la dirección de la guerra persa de manos lacedemonias a los atenienses.

En *Panegírico* se recuerda la victoria ateniense en Maratón casi como un acto de colaboración entre Atenas y Esparta (4.87), ya que los lacedemonios se habrían puesto en marcha al conocer la llegada del ejército enemigo a las costas áticas. Este modo de relatar los hechos es bien distinto al de Heródoto (6.106.3; 120), y al que suele emplear el *epitaphios logos*. En *Panatenaico* (12.195), por el contrario, la victoria de Maratón es simplemente otro acto heroico de Atenas a favor de toda Grecia, una interpretación coincidente con la publicidad oficial.¹³ Por otra parte, Isócrates no califica de derrota espartana la caída de Termópilas en manos de Jerjes (12.91-92). No se puede negar la heroicidad de Leónidas y sus hombres; al contrario, la aniquilación de los que allí permanecieron fue un ejemplo de resistencia admirable que supera con mucho las victorias injustas (§§ 185-188, 4.90-92).

Porque Isócrates, que conocía las teorías que se reflejan tanto en Tucídides (5.115) como en Platón (*Grg.* 483c-484a), rebate la idea de que la injusticia pueda ser ventajosa (8.31-32; 12.17; 31;

⁹ Tucídides (1.4) atribuye exactamente el mismo hecho a Minos, dueño de la primera flota griega.

¹⁰ Nouhaud 1982, 141-142 y Marincola 2007 subrayan cómo este periodo se convierte pronto en un ejemplo de la unidad de los griegos. En el s. IV el tema de la responsabilidad de la victoria permea la historiografía y la oratoria política. Alexiou 2020, 132-33 comenta que para Isócrates en el *Panegírico* Esparta y Atenas fueron en ese periodo competidoras, pero no enemigas.

¹¹ Sancho Rocher 2022, 153-54 donde el relato de Heródoto se contrasta con los del discurso fúnebre.

¹² Buchner 1958, 39-42 diferencia entre hegemonía y *arche* en que la primera significa estar a la cabeza de los griegos, pero a su favor, mientras la *arche* implica conflicto entre griegos por el poder. Isócrates emplea también *dynasteia* y *dynamis* como sinónimos de *arche*.

¹³ Sancho Rocher 2022, 150-51.

94).¹⁴ Lo que ha otorgado merecida fama a Atenas, según el maestro de retórica, es su disposición a ayudar al débil, rechazar al agresor y hacer que se respete la ley común (12.169-170; cf. 213). De modo que la imagen que Isócrates esboza de Atenas no difiere mucho de la que predica Demóstenes;¹⁵ la diferencia estriba en que para Isócrates el único enemigo es el Persa y, para Demóstenes (v.gr. 6.10; 8.42; 10.64), era Filipo; pero, para ambos, Atenas está adornada de tales virtudes que no podría renunciar a encabezar la resistencia frente al agresor.

Uno de los elementos más significativos de la comparación entre ambas ciudades son los acuerdos a los que cada una de ellas habría llegado con el Imperio persa. Este asunto nos lleva al debatido tema de la Paz de Calias no mencionada por Tucídides y cuya historicidad es discutida en la historiografía moderna. Obviamente nadie duda de la historicidad de la Paz de Antálcidas (387 a.C.) que, según Jenofonte (*HG* 5.1.29-32), todos deseaban. Para Isócrates (12.105-106), esta primera Paz del Rey es consecuencia de la derrota espartana frente a la flota persa en Cnido (394 a.C.), lo que significaría en cierto modo un éxito de Atenas y la definitiva traición de Esparta a Grecia.¹⁶ En *Panegirico*, cuando aborda las relaciones atenienses con Persia, se refiere, más que a un tratado concreto firmado por Atenas e impuesto a los persas, a hechos o comportamientos derivados del dominio de Atenas en el Egeo (4.115-120; cf. 7.80). En *Panatenaico* (12.60), por el contrario, habla de tratados nobles y generosos (τὰς συνθήκας τὰς ...γενναϊοτέρας καὶ μεγαλοφρονεστέρας). Seguramente aquí esté pensando en las derrotas sufridas en Chipre por la flota persa en 451/450 a.C. como causa de esos tratados. A partir de esos hechos, los persas se habrían comprometido –o se abstuvieron de hecho– a no navegar más allá de Fasélide, ni marchar al oeste del río Halys (4.118; 12.59). Las *synthekai* o acuerdos, patrocinados por Esparta (4.115; 120; 12.105-106), que prometen a los griegos una autonomía que no se cumple (4.115; 8.67) contrastan con lo ocurrido bajo el poder de los atenienses cuando los griegos de la costa de Asia Menor dejaron de ser vasallos de los Aqueménidas. Así que, sin entrar en la discusión de si realmente se firmó un acuerdo escrito a mediados del s. V, hay que concluir que los atenienses salían mejor parados en este parangón. Ya que la evidencia es que entonces, a diferencia de ahora (4.176), los griegos no recibían “órdenes” del Rey.

El juicio que tanto en 380 como en 342-339 vierte Isócrates acerca de la Paz de Antálcidas parece estar en los antípodas de lo que dice en el *Sobre la Paz* de 355. A mediados del s. IV, Atenas atravesaba una crisis militar, económica y moral que obligaba a replantear las relaciones con sus aliados. Y este “discurso” simula estar dirigido a una Asamblea en la que se discuten las propuestas de paz que muchos oradores no quieren escuchar. En plena guerra contra cuatro de sus más importantes aliados (Bizancio, Quíos, Rodas y Cos), o justo al final de ella, Isócrates se cuenta entre los que quieren una paz asentada sobre relaciones internacionales justas (8.12). Y encuentra en los términos, nunca realmente cumplidos de la Paz de Antálcidas, la guía para llegar a un acuerdo con quiotas, bizantinos, rodios y coyos (y con el resto de los griegos). Dice “sirvámonos de los acuerdos” (χρησθαι ταῖς συνθήκαις) que dictaban la autonomía de las ciudades,¹⁷

¹⁴ Para Eucken 1982, 52 el discurso del laconófilo de *Panatenaico* coincide con las tesis de Calicles. Los espartanos sí aplicaban la ley del más fuerte –Roth 2003, 111–, a pesar de conocer la legalidad de la inviolabilidad territorial (Isoc. 12.45-6), de modo que sus acciones no suponían un bien para los griegos, solo los engrandecía a ellos (§ 48). Roth 2003, 96 reconoce en estas manifestaciones de Isócrates un ataque a los ideales de la Academia. Alexiou 2020, 135-136 indica que para Isócrates hay una *pleonexia* buena, que produce fama, si se basa en la justicia y la virtud.

¹⁵ Cf. Perlman 1991, 274.

¹⁶ Cf. Perlman 1968: Conón, general ateniense al servicio de Farnabazo, fue el responsable de esta victoria y quien convenció al sátrapa para rearmar a Atenas. Conón fue asesinado por orden de Tiribazo en 392; los espartanos intentaron en esas fechas un acuerdo con Persia. La política antiespartana y antipersa de Atenas fue continuada por Trasíbulo. Todos los grupos políticos atenienses apoyaban la recuperación del imperio, y Persia seguía repartiendo, circunstancial e interesadamente, sus apoyos entre Esparta, Atenas y otras ciudades griegas (como acierta a diagnosticar Isócrates en *Panegirico*, 4.133-134). Canfora 2013, parte II capítulo 4 subraya que Isócrates (7.65) no establece solución de continuidad entre Egospótamos y Cnido, resultando esta la victoria definitiva de Atenas sobre Esparta.

¹⁷ Dice Bouchet 2014, 69-76, comentando el *Areopagítico*, que el error ateniense en el ejercicio de su poder había sido el no respetar la autonomía, pero un cambio del sistema democrático podría conducir a una

la revocación de las guarniciones de soldados, y la seguridad de las fronteras. Es conveniente subrayar que no dice que el Rey deba ser el árbitro de los problemas entre griegos; al contrario de como acusaba en *Panegírico* a los espartanos, ahora obvia a Persia. Y concluye que esas condiciones eran las más justas (δικαιοτέρας) y convenientes (συμφερούσας) para la ciudad (§16). En las fechas de este discurso ya no insiste en si los persas dominan sobre áreas continentales grecoasiáticas, porque ya no tiene sentido acusar a Esparta de haber traicionado a los griegos de Asia. Esparta después de Leuctra ya no es la ciudad hegemónica (cf. §§100-101). A Isócrates le preocupan en este momento más las presentes condiciones socioeconómicas de atenienses –y griegos en general– que la antigua felonía espartana. En todo caso, nunca renunció al proyecto de hacer la guerra al Imperio persa como solución al problema de la pobreza. Y entiende que las maneras en que Atenas pretende ejercer su imperio son inapropiadas e inadmisibles para unos aliados que son griegos. Exhorta a una hegemonía duradera que debería copiar el modelo de la basileia lacedemonia y los honores que esa especie de generalato vitalicio les confiere (8.142; 144). Mantener una *arche* que exige excesivos esfuerzos económicos a los ciudadanos ricos (§20) así como a los aliados (§29), con el objetivo de mantener la flota y las constantes campañas militares, habría frenado la actividad económica (§21). Así que ahora lo que establecía la primera de las paces comunes, y que nunca llegó a cumplirse cuando Esparta era el instrumento de su aplicación, no parece un mal punto de partida a Isócrates. Téngase en consideración que el orador dice: “servámonos”, es decir, hagámosla efectiva. Porque en *Panegírico* recriminaba a los espartanos el incumplimiento de, entre otras, la cláusula de autonomía (4.115; cf. 8.67-68), ya que, si las ciudades estaban gobernadas por decarquías filolaconias y controladas por harmostas, ciertamente no eran autónomas (4.117).

También se siente obligado Isócrates a comparar los sistemas políticos de lacedemonios y atenienses y, en el *Panatenaico*, lo hace a través del procedimiento de adelantarse a lo que dirán los prolaconios. Comparar las dos *politeiai* es lo que se propone también Tucídides en el discurso fúnebre de Pericles. El Alcmeónida encomia el carácter aparentemente despreocupado de los atenienses frente a la rigidez de la disciplina militar del enemigo (Th. 2.39). También Isócrates, al final del *Panatenaico* (12.109), manifiesta saber que los “mejores y más inteligentes” elogian la *politeia* espartana y compararán, en demérito ateniense, la contención y disciplina de los espartanos con la despreocupación de los atenienses (τὴν σωφροσύνην καὶ πειθαρχίαν πρὸς τὰς παρ’ ἡμῖν ὀλιγωρίᾳ §111). ¿A qué democracia se refiere en ese pasaje, a la de los antepasados o a la contemporánea del imperio del mar? Seguramente mezcla ambas.¹⁸ Porque, si bien la democracia de los antepasados es la que gana en la comparación (§134) y es la que él quiere pergeñar (§121), es evidente que la otra fue necesaria para no ceder ante la ambición lacedemonia (§§ 114-117). La democracia originada con el traspaso del poder del rey Teseo al pueblo ateniense se caracterizaba por elegir para el mando siempre a los mejores, y fue imitada por Licurgo (153), al que se tiene por creador de la gerusía espartana. “Aquella democracia” se servía de los mejores y, según la mayoría [de los intérpretes], estaba basada en las rentas (§ 131: ἀπὸ τῶν τιμημάτων).¹⁹ Como parece obvio, servirse de los mejores para dirigir la ciudad es lo que Isócrates exhorta a practicar en el presente.

En este contexto del *Panatenaico*, introduce el maestro de retórica a un discípulo prolaconio que, contra lo que acaba de escuchar, defiende que los espartanos han descubierto las mejores

hegemonía renovada. Tampoco el *Sobre la Paz* descalifica totalmente la *arche* ateniense, pero exhorta a un cambio en las relaciones entre griegos.

¹⁸ A pesar de la diferencia tan clara de 8.64.

¹⁹ Eucken 1982, 53-56 y Roth 2003, 164-165 no creen que Isócrates esté defendiendo una democracia censitaria (solo dice que “la mayoría” cree que lo que él defiende se identifica con la timocracia). Coinciden ambos autores en que para Isócrates lo único que importa es quiénes constituyen la elite que gobierna. En sentido muy parecido se manifiesta Azoulay 2006, 143-147, aunque piensa que Isócrates todavía reconoce la necesidad de la estabilidad institucional, mientras Jenofonte busca decididamente al líder carismático.

costumbres²⁰ (12.200-202), a lo que Isócrates responde con un argumento cronológico derivado de su propia reconstrucción histórica. La fundación de la Esparta doria es muy posterior a las grandes gestas de los atenienses contra Eumolpo, Euristeo, las Amazonas, etcétera (§§ 204-205), lo que significa que la piedad, la moderación y la justicia ya las conocían los griegos antes de la guerra de Troya. Además, los lacedemonios desprecian la cultura y las leyes comunes a todos los griegos (§§ 209-210; 213). Como mucho, les reconoce Isócrates la práctica de la gimnasia, la preparación militar y la concordia interna (§ 217). El discípulo, a pesar de la jactanciosa respuesta de su maestro, concluye sintiéndose satisfecho, pues interpreta que los que lean las palabras de Isócrates sabrán que, en realidad, el maestro elogia la capacidad doria para adueñarse por la fuerza de Mesenia, Laconia y Argos, ya que en el fondo todos admiran más a los más arrogantes que a los defensores de la igualdad (§ 242: μεγαλοφρονεστέρους εἶναι τοὺς τοιούτους ἢ τοὺς τῆς ἰσότητος προεστῶτας). Y, como dice Alexiou,²¹ a pesar del final aporético de este discurso, Isócrates muestra la vigencia que aún tienen las ideas del discípulo proespartano.

De modo que, por otra parte, el *Panatenáico* deja claro que, mientras Filipo se preparaba para el asalto final a la Hélade, los griegos seguían discutiendo sobre el sexo de los ángeles.

3. El imperio marítimo y la hegemonía de los antepasados

Isócrates distingue netamente entre “los antepasados” y “los padres”.²² Los primeros abarcan todo el tiempo mítico en que Atenas habría sido hegemónica en circunstancias diversas y habría actuado siempre a favor de los griegos (4.100; 8.94; 12.166). Los antepasados son también quienes hicieron la campaña contra Jerjes. “Nuestros padres” son los creadores del imperio y del cambio hacia la actual democracia. La causa de la transmisión del mando (τὴν ἡγεμονίαν, 12.52; cf. 4.100 y 8.30; 76-77) desde manos espartanas a las de los atenienses fue la voluntad de los aliados

Partiendo de que el imperio marítimo es un mal tanto para Atenas como para Esparta (8.94-95; 115; 12.53), Isócrates exonera a los atenienses de muchas de las acusaciones que tradicionalmente se les hacía (4.102).²³ Incluso afirma que Atenas gobernó el mar con justicia (δικαίως τῆς θαλάττης ἥρξε, 4.20). Y, por mucho que conozca la obra de Tucídides y, seguro, otras que a nosotros no nos han llegado, es él quien elige los hechos que menciona y quien los valora en función de los objetivos argumentativos de cada circunstancia (cf. 4.9).

Por ejemplo, en *Panegírico* (4.104) afirma que los atenienses gobernaban las ciudades [aliadas] con sus propias leyes (τοῖς αὐτοῖς νόμοις). Es aproximadamente lo que en el libro I de Tucídides sostienen los atenienses que, antes de la guerra, hablan ante los lacedemonios y sus aliados y afirman que en sus tribunales juzgan las querellas con los aliados con leyes iguales (Thuc. 1.77.1 τοῖς ὁμοίοις νόμοις). Además, niega que gobernarán despóticamente (συμμαχικῶς

²⁰ Dice el discípulo que los espartanos κάλλιστα τῶν ἐπιτηδευμάτων εὐρόντες (12.101-202). Las virtudes que a menudo cita Isócrates, con pequeñas variantes, son las que procuran la felicidad a la ciudad (εὐδαιμονήσειν), la piedad, la contención y la justicia (τὴν εὐσεβειαν καὶ σωφροσύνην καὶ τὴν δικαιοσύνην, cf. 8.63). Según Gray 1994 Isócrates introduce con este personaje el diálogo con y la censura de sus propias opiniones. Mediante la verbalización de las opiniones del simpatizante de Esparta, desacredita la crítica a su obra. Para Signes Codoñer 1998, 88, 92, el discípulo prolaconio da la clave de la finalidad del discurso, que es alabar a Atenas, pero su intervención dejaría claro que la crítica de Esparta es meramente instrumental.

²¹ Alexiou 2020, 145.

²² La misma diferencia hace Pericles (Th. 2.36.1-2): los antepasados vivieron siempre en Atenas y nos la dejaron libre, nuestros padres adquirieron y nos legaron la *arche*. Pero para Pericles la democracia no tiene origen ni se producen en ella cambios significativos con el paso de las generaciones.

²³ Moysey 1982 parte del *Antídosis* para probar que el *De pace* no es meramente un ejercicio retórico. En 354/353 a.C. Isócrates se defiende (15.62-64) de los que le reprueban exhortaciones como la del *Panegírico* en lugar de discursos que critiquen los errores de Atenas, y con ese fin el orador remite a su discurso redactado con motivo de la Guerra Social. Para Signes Codoñer 1998, 81-86, también en el *Panatenáico* Isócrates está defendiendo su *paideia*, y alaba Atenas para defenderse de las acusaciones de antipatriota. Por eso cree (Signes Codoñer 1996: 150-154) que en la figura de Agamenón (12.75ss) no retrata a Filipo (como muchos han sospechado) sino a sí mismo. Agamenón fue capaz de realizar la empresa que Isócrates predicó toda su vida.

ἀλλ' οὐ δεσποτικῶς), que es, precisamente, una acusación que, en Tucídides con el término tirano, reciben los atenienses por parte de corintios con el refrendo de Pericles, Cleón y Eufemo (1.124.3; 2.63.2; 3.371-2; 6.85.1).²⁴ Esta acusación seguramente no solo se propagó entre los aliados, sino que era conocida en Atenas. Lo más llamativo es la interpretación de las cleruquías como un método para defender el territorio y no para sacar de ellas beneficio, cuando en Tucídides es siempre un castigo por una secesión y la forma más refinada de explotación imperial que Atenas introdujo en su *arche*.²⁵ De hecho, es por el recuerdo de esta experiencia por lo que tuvo que renunciar a ocupar tierras en otras ciudades a través de una cláusula del decreto de Aristóteles con el que se inaugura la Segunda Liga.

Como en el *Panatenaico* Isócrates proyecta hacer una comparación entre Atenas y Esparta, es allí donde los comportamientos atenienses con sus aliados resultan reinterpretados de manera más llamativamente indulgente. Decir que Atenas convencia a sus aliados para que adoptaran la misma *politeia* (12.54; cf. 4.106) es un extremo que rebaten todas las evidencias. Atenas intervenía cuando se producía un intento de secesión y regulaba las instituciones de la ciudad rebelde según el modelo propio, pero no dirigía una política sistemática de extensión de la democracia, de manera que ciudades como Quíos, leal hasta 413 a Atenas, pudieron perfectamente administrarse durante décadas con una *politeia* más bien oligárquica. Ahora bien, la comparación en la que quiere ahondar Isócrates es la de la introducción espartana de decarquías en las ciudades del Egeo con posterioridad a la derrota de Atenas. Las decarquías, siendo auténticas tiranías de pocos, como dice Isócrates, ni siquiera eran semejantes a la *politeia* espartana, e Isócrates aspira a desvelar la mayor crueldad de los espartanos (§65).

Por eso los asuntos de los melios y de los escioneos son, para él, cuestiones menores (4.112; 12.62-63; 89) como si de pequeños “errores” se tratara.²⁶ Y, por mucho que Isócrates conozca a Tucídides, se desentiende del mensaje de su diálogo melio. Y eso, a pesar de que Isócrates (8.69) rechaza, por ser la antítesis de la democracia, la defensa del derecho del más fuerte que representan los atenienses en este diálogo (Th. 5.105.2). Ya hemos visto que Isócrates repite la noticia que conocemos por Tucídides (1.75.2; 96.1),²⁷ según la cual los atenienses fueron premiados con la hegemonía que los griegos arrebataron a los lacedemonios tras las victorias de 479 en Platea y Mícale (12.52). Lo que no relata es lo que Tucídides sí hace (1.99): la forma en que una hegemonía militar fue paulatinamente comportándose como un poder imperial. Tucídides (1.96.1) afirma, primero, que los atenienses fueron los que decidieron qué ciudades aportarían contribuciones dinerarias y cuáles, naves y hombres para la nueva alianza naval; aunque, poco después (99.1), habla de la mala disposición de los aliados hacia el *phoros* y que, sin embargo (§3), muchos preferían el pago monetario a la participación en las guerras que Atenas dirigía. Esta última noticia coincidiría en parte con lo que afirma Isócrates en 12.67-68: que las contribuciones de los aliados fueron decididas por ellos mismos cuando arrebataron el poder a los espartanos y lo traspasaron a los atenienses. Añade Isócrates de cosecha propia que ese tributo servía para defender sus democracias y libertades más que ὑπὲρ τῆς σωτηρίας τῆς ἡμετέρας.

Muy distinta es la versión que ofrece del imperio de mediados del s. IV. En ese caso, censura con dureza el trato que los atenienses están dando a sus aliados de esos momentos: el contexto histórico se caracteriza por la carestía de recursos, a pesar de la cual Atenas pretende mantener en el mar muchas trirremes (8.29) y contratar mercenarios (§46); por tanto, resulta perentorio exigir contribuciones de los aliados (§46), así como las *eisphorai*, trierarquías y demás liturgias a los ciudadanos (§20). Isócrates, como Demóstenes (v.gr. 4.33), piensa que los ciudadanos

²⁴ Curiosamente son tres líderes atenienses y solo un discurso de los enemigos, lo que significa que era una expresión conocida y sometida a lecturas diferentes. Cf. Sancho Rocher 1994.

²⁵ Como ejemplo, puede leerse cómo se creó la cleruquía de Mitilene en 427: Th. 3.50.2.

²⁶ Son faltas menores frente a los grandes beneficios de la hegemonía y la *arche*, según Bouchet 2014, 49-50. Canfora 2013, parte II, cap. 5, sostiene que Isócrates combate el excepcional relieve que Tucídides da al asunto melio.

²⁷ En Heródoto (8.3.2) y en [Arist] *Ath.* (23-24) el cambio de la hegemonía se habría producido con la excusa o a causa del carácter despótico del espartano Pausanias.

muestran escasa disposición a empuñar las armas (8.43; 48) y, en resumen, el poder de Atenas no es justo porque explota a los aliados (§§ 65-6: *δυναστείας ... οὔτε δικαίας ἀρχῆς ἐπιθυμοῦμεν*); y, por lo demás, tampoco es ventajoso (cf. §§17; 31). Si los atenienses quieren recuperar la buena fama que tenían antaño, deberán tratar a los aliados como amigos y no como vasallos (8.134-135). Como señala Gillis²⁸, Isócrates rechaza la guerra contra griegos pero, ingenuamente, cree que, cambiando esa tendencia agresiva, Cersobleptes y Filipo permitirían a Atenas extenderse de nuevo por Tracia (§§ 22-24).

Es indudable que Isócrates no pone reparos en invocar a los antepasados como paradigma, pero la distinción a la que nos hemos referido antes entre *progonoi* y *pateres* le hace preguntar a otros oradores (8.36-7) a qué antepasados dicen ellos que habría que imitar (μιμεῖσθαι). ¿A los que combatieron a los persas? ¿A los que llevaron la ciudad al desastre con la campaña de Sicilia? Isócrates (8.84), como Esquines (2.76), afirma que los atenienses se dirigieron contra Sicilia cuando Decelea ya estaba ocupada por los espartanos.²⁹ Es impensable que los dos oradores mencionados desconocieran, y no solo a través de Tucídides, cómo se sucedieron los hechos.³⁰ Pero las advertencias de Nicias (Th. 6.10.1-2) acerca de lo desaconsejable de “ampliar el dominio de Atenas” (§10.5) mientras la paz [de Nicias, 421 a.C.] aún no era segura, y la traición de Alcibiades al delatar ante los espartanos los planes atenienses y aconsejar a los lacedemonios el sitio de Atenas por el interior (Th. 6.90.1-2; 91.6), son hechos que un historiador recoge de forma circunstanciada, mientras en un tratado como el de Isócrates, o en unos discursos ante la Asamblea, se busca comunicar la idea del error de forma diáfana y directa. Lo que sintéticamente transmite Isócrates es que los atenienses, con esta campaña, hicieron factible lo que, sin embargo, los espartanos solo realizaron tras la derrota de la flota ateniense en Siracusa. Lo cierto, en cualquier caso, es el desatino de dicha campaña, desastre del que se podía culpar a los oradores belicistas. Por otra parte, también eran conocidos los hechos ocurridos tras la victoria naval de 480 en Salamina y, sin embargo, Isócrates afirmaba que, a causa de la actuación ateniense en ese momento, los aliados le transfirieron la dirección militar de la guerra contra el Persa.

Nunca elogia Isócrates el poder naval del s. V. Como mucho, lo hace prevalecer en el cotejo sobre el imperio espartano; o lo justifica como la elección del mal menor. Como ha expresado Roth,³¹ en el *Panatenaico* (12.115-116) son los atenienses los que deciden cambios en la *politeia* para hacerse con el imperio marítimo. La lectura de Isócrates es completamente diferente a la predominante en su época: que fue el imperio lo que transformó la democracia. A través de esta reconstrucción de los hechos se descubre de manera nítida la posición isocrática que antes hemos calificado de realista y práctica. Dice nuestro autor que los atenienses eran plenamente conscientes de qué conductas estaban asociadas con el poder terrestre y con el marítimo. Con el primero, la disciplina, la templanza y la obediencia (12.115; cf. 111; *εὐταξίας καὶ σωφροσύνης καὶ πειθαρχίας*), con el segundo, la incuria (§111, cd. 116), propia de los que hacen la guerra para ganarse la vida porque nada poseen. Con todo, los atenienses se vieron ante el dilema de sufrir ellos los daños del poder esclavizador lacedemonio o ser ellos los poderosos, causantes del daño ajeno, y eligieron esto último con la idea de que sabrían gobernar con justicia. Dado que los

²⁸ Gillis 1970, 200-202.

²⁹ Nouhaud 1982, 270-274 señala que esta campaña es el paradigma negativo en la oratoria. El error ateniense se ve agrandado al cambiar la cronología, extremo que puede proceder de una fuente común o lo inventa Isócrates y lo copia Esquines.

³⁰ En los dos casos se trata de defensores de acuerdos de paz. Frente a de Romilly (1954), para quien los así llamados moderados (Andócides, Jenofonte, Isócrates, Esquines) se mueven por una preocupación moralizante, Bearzot (1985, 91-93) interpreta que el recurrente tema que une *soteria-eirene-demokratia* caracteriza a los miembros de la corriente política moderada, heredera de Terámenes. Cf. la unión de paz y democracia también en Isoc. 8.51. Sin embargo, la defensa de la paz en cada caso se produce en circunstancias diferentes y cuando lo que está sobre la mesa son acuerdos bien distintos: con Esparta y Persia en el caso de Andócides (393 a.C.); con sus aliados en el caso de Isócrates (355 a.C.); y con Filipo en el caso de Esquines (346 a.C.).

³¹ Roth 2003: 147-149.

espartiatas eran dueños de todo el Peloponeso, los atenienses se vieron abocados a atender a sus propios intereses (§ 166: τοῖς ἰδίοις ἡναγκάζοντο προσέχειν τὸν νοῦν).

De modo que si, como ya hemos comentado, Isócrates desacredita la denominada ley del más fuerte, sin embargo, también rechaza la posición socrático-platónica de que más vale sufrir la injusticia que causarla. No es muy diferente su interpretación de la necesidad histórica de la que deducimos al leer la obra de Tucídides. Isócrates o Tucídides no son meramente oponentes de cualquier poder marítimo como, por ejemplo, Platón cuya ciudad ideal se construye de espaldas al mar. No es ahora momento de analizar el pensamiento de Tucídides, pero en relación con Isócrates sí se puede afirmar que su preferencia es una hegemonía, entendida como generalato, y desempeñada entre griegos iguales; pero, en caso de tener que optar entre las dos ciudades más relevantes, su preferencia es una *arche* ateniense, al menos como fue dirigida hasta la época de Pericles (cf. 8.126). Y, con salvedades, como la que lideró Timoteo hasta los años 360 (cf. *Antidosis* 15.108-113; 133-134).³²

Es significativo que, en *Sobre la Paz* (8.75), Temístocles, Aristides y Milcíades sean representantes de la *politeia* anterior al imperio marítimo.³³ Solo Milcíades podría ser considerado como tal. Temístocles (Th. 1.93.4)³⁴ es quien convenció a los atenienses de hacerse marinos, Aristides estableció el primer *phoros* de 460 talentos ([Arist.] *Ath.* 23.5), y convenció a los atenienses para que trasladaran el Tesoro de Delos a Atenas. Estos personajes de principios del s. V son comparados, no con Pericles, Cleón o Alcibiades, sino con Hipérbolo y Cleofonte, los dos demagogos con peor fama de la época final de la guerra. Hipérbolo, ostraquizado en 417, fue oponente de Alcibiades y, en consecuencia, asesinado en Samos por los oligarcas atenienses con el fin de mostrar su apoyo al Alcmeónida (Th. 8.73.3). Parece un político de segundo nivel. Cleofonte es conocido como el orador ateniense que, tras la derrota de Egospótamos, en 405/404, más resistencia opuso a cualquier acuerdo con Esparta ([Arist.] *Ath.* 34.1; X. *HG* II 2.15). Así que Isócrates no descalifica a quienes pusieron las bases del imperio naval, sino a los que lo llevaron al desenfreno (ἀκολασίαν, §§ 76-77) o insolencia (§79, ἀσέλγειαν).

4. Conclusión

La preocupación de Isócrates por el declive político de los griegos impulsa su construcción idealizada del pasado y abona su admiración por la Atenas creadora de cultura. Elevar su ciudad a icono formativo y político exige continuamente echar mano de la bipolaridad de las imágenes; por eso la ciudad de Esparta, en nuestro autor como tradicionalmente, hace las veces de estampa antitética. Isócrates reclama para el presente de su ciudad una hegemonía pacífica, que se justificaría en sus numerosas aportaciones civilizatorias. Sueña con un poder blando que se imponga por motivos culturales y benéficos en una Grecia de ciudades independientes, pero cohesionadas en torno a Atenas. Aunque absuelve a Atenas de los excesos del imperio antiguo, en base a la comparación con los de la ciudad de los lacedemonios, no acepta respaldar la actitud de la Atenas de mediados del s. IV. A fin de desaprobando la *arche*, fabrica periodos lejanos de generosa primacía cuyo modelo habría de ser imitado de cara al futuro. Entretanto, se mostró incapaz de entender la realidad e inminencia de la amenaza que representaba el empuje de Filipo; no quiso ver cómo se fraguaba el final de la polis libre e, incluso, propuso al macedonio un mero liderazgo militar para llevar a buen fin su ansiada campaña panhelénica contra el Persa.

³² Para Poulakos 1997, 202-203 Timoteo sería en *Antidosis* un “experto no cultivado”, dado su desprecio por persuadir a la multitud y su incapacidad para obtener una disposición pública favorable. Lee Too 2024, 196-197 comenta cómo Isócrates construye la imagen del gran hombre que, sin embargo, no deja de tener sombras.

³³ Davidson 1990, 22-23 llama la atención sobre la ausencia de Cimón en esta enumeración, lo que le hace preguntarse por cuándo empieza la decadencia. Aunque es cierto que hasta Pericles el imperio estuvo aceptablemente administrado (12.126), no hay que olvidar las “confusiones” o “errores”, como en Andócides 3.3 y Esquines 2.172, ambos confundiendo a Milcíades con Cimón. Whitehead 2024, 180-181, se pregunta por qué no mencionar a personajes de la Pentecontecia, por ejemplo, Pericles, o a Cleón en lugar de Hipérbolo.

³⁴ También elogiado en 12.49-52.

5. Referencias bibliográficas

- Alexiou, Evangelos (2020): *Greek Rhetoric of the 4th Century BC. The Elixir of Democracy and Individuality*, Berlin-Boston (<https://doi.org/10.1515/9783110560145>).
- Azoulay, Vincent (2006): "Isocrate, Xénophon ou la politique transfiguré", *Revue des Études Anciennes* 108, 133-153 (<https://doi.org/10.3406/rea.2006.6490>).
- Bearzot, Cinzia (1985): "Da Andocide ad Eschine: motivi ed ambiguità del pacifismo ateniese nel IV secolo a.C.", [en] Marta Sordi (ed.), *La pace nel mondo antico* (= Contributi dell'Istituto di storia antica 11), Milano, 86-107.
- Bouchet, Christian (2014): *Isocrate l'Athénien ou la belle hégémonie. Étude des relations internationales au IV^e siècle a.C.*, Bordeaux.
- Buchner, Edmund (1958): *Der Panegyrikos des Isokrates. Eine historisch-philologische Untersuchung* (=Historia Heft 2), Wiesbaden.
- Canfora, Luciano (2013): *La Guerra civile ateniese*, Milano, Rizzoli.
- Davidson, James (1990): "Isocrates against Imperialism: an Analysis of the *De Pace*", *Historia* 39, 20-36.
- de Romilly, Jacqueline (1954): "Les modérés athéniens vers le milieu de IV^e siècle: Échos et concordances", *Revue des Études Grecques* 67, 327-354.
- Eucken, Christoph
 (1982): "Leitende Gedanken im isokratischen *Panathenaios*", *Museum Helveticum* 39, 43-70.
 (1983): *Isokrates. Seine Positionen in der Auseinandersetzung mit den zeitgenössischen Philosophen*, Berlin-New York.
- Gillis, Daniel (1970): "The Structure of Arguments in Isocrates' *De Pace*", *Philologus* 114, 195-210 (<https://doi.org/10.1524/phil.1970.114.12.195>).
- Gray, Vivienne (1994): "Image of Sparta: Writer and Audience in Isocrates' *Panathenaios*", [en] Anton Powell – Stephen Hodkinson (eds.), *The Shadow of Sparta*, London-New York, 223-217 (<https://doi.org/10.4324/9780203085073>).
- Lee Too, Yun (2024): "Back to the Future: Temporal Adjustments in Isocrates", [en] Aggelos Kapellos (ed.), *The Orators and their Treatment of the Recent Past*, Berlin-Boston, 189-204 <http://doi.org/10.1515/9783110791877-012>.
- Marincola, John
 (2007): "The Persian Wars in Fourth-Century Oratory and Historiography", [en] Emma Bridges – Edith Hall – Peter John Rhodes (eds.), *Cultural Responses to the Persian Wars. Antiquity to Third Millenium*, Oxford, 105-125 (<https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199279678.003.0006>).
 (2014) "Rethinking Isocrates and Historiography", [en] Giovanni Parmegianni (ed.), *Between Thucydides and Polybius: The Golden Age of Greek Historiography* (=Hellenic Studies Series 64), Washington DC, 40-58.
- Masaracchia, Agostino (2003): "Isocrate e il mito", [en] Wolfgang Orth (ed.), *Isokrates. Neue Ansätze zur Bewertung eines politischen Schriftstellers*, Trier, 150-168.
- Moysey, Robert A. (1982): "Isokrates' *On the Peace*: Rhetorical Exercise or Political Advice?", *American Journal of Ancient History* 7/2, 118-127 (<https://doi.org/10.31826/9781463237486-002>).
- Nouhaud, Michel (1982): *L'utilisation de l'histoire par les orateurs attiques*, Paris.
- Perlman, Shalom
 (1968): "Athenian Democracy and the Revival of Imperialistic Expansion at the Beginning of the Fourth Century B.C.", *Classical Philology* 63/4, 257-267.
 (1991): "Hegemony and *arkhe* in Greece: Fourth Century B.C. Views", [en] Richard Ned Lebow – Barry S. Strauss, *Hegemonic Rivalry. From Thucydides to the Nuclear Age*. Boulder-San Francisco-Oxford, 269-286 (<https://doi.org/10.5195/jwsr.2008.340>).
- Poulakos, Takis (1997): *Speaking for the Polis. Isokrates' Rhetorical Education*, Columbia (<https://doi.org/10.2307/j.ctv2b6z84p>).

Roth, Peter (2003): *Der Panathenaikos des Isokrates. Übersetzung und Kommentar*, München-Leipzig.

Sancho Rocher, Laura

(1994): "Tucídides y el tema de la polis-tyrannos", *Quaderni di Storia* 40, 59-83.

(2022): "Después de Platea: la pugna por el relato de la victoria griega sobre Jerjes", [en] M^a Paz de Hoz – Antonio López Fonseca (eds.), *Literatura e Historia en el mundo clásico*, Madrid, 147-169.

Signes Codoñer, Juan

(1996): "El *Panathenaikos* de Isócrates: 1. El excursus de Agamenón", *Emerita* 64/1, 137-156 (<https://doi.org/10.3989/emerita.1996.v64.i1.252>).

(1998): "El *Panathenaikos* de Isócrates: 2. Tema y finalidad del discurso", *Emerita* 66/1, 66-94 (<https://doi.org/10.3989/emerita.1998.v66.i1.274>).

Whitehead, David (2024): "Isocrates and the Peloponnesian War", [en] Aggelos Kappellos (ed.), *The Orators and their Treatment of the Recent Past*, Berlin-Boston, 171-187 (<https://doi.org/10.1515/9783110791877-011>).

Wilson, Christopher H. (1966): "Thucydides, Isocrates and the Athenian Empire", *Greece and Rome* 13, 54-63.